

Cultural



Antimodernismo y conciencia política

Asir la tradición

OSCAR BRANDO

A FINES DE los años 40 Morosoli entabló una relación duradera con el grupo de la revista Asir. A las habituales colaboraciones con el suplemento dominical de El Día, iniciadas en 1934, Morosoli había ido sumando, a lo largo del tiempo, intervenciones en otros medios que solicitaban sus cuentos y conferencias. La revista Minas y varias publicaciones montevideanas, entre ellas Marcha, habían hecho lugar a sus escritos. Las charlas se multiplicaban, requerido por la Jurta Departamental, la Biblioteca Nacional y otras organizaciones culturales. Una carta de Carlos Maggi de julio de 1948, que se conserva en el archivo Morosoli, informa que ya enviaba a la imprenta un cuento del mismo que saldría en la entrega siguiente de una revista de la que Maggi no dice el nombre pero que no puede ser otra que Escritura. Maggi expresa, como elogio, que quería que Espinoza leyese la colaboración de Morosoli, dejando sellada la autoridad de Faco en el tema. El cuento de Morosoli no apareció, como había prometido Maggi, en el número 5, de setiembre de 1948; recién hubo una colaboración de Morosoli (tal vez el texto que había quedado pendiente) en la novena (y última) entrega de Escritura, en noviembre de 1950. Maggi y/o figuraba ni en la dirección de la revista ni en la de la sección "Novelas y cuentos" desde el número 6.

BORDOU Y ASIR. En la relación más estrecha con Asir ha de haber pasado el hecho de que se tratara de una revista nacida en el interior del país, en la ciudad de Mercedes. El contrato editorial lo realizó con Domingo Bordou. La revista, cuyo número 1 salió en marzo de 1943, no había tenido a Bordou entre sus fundadores. Su nombre recién ingresó a la Dirección y a la Redacción Responsable en la octava entrega, fechada en abril de 1948. Pero su influencia se hizo sentir en la revista antes. La revista tomó un sesgo más literario, abrió secciones de "Ensayos", "Poesías" y "Narraciones" y se ocupó de mostrar la producción de la promoción de creadores en curso. Para ello debió estar alerta a lo que se iba publicando y traer las redes para capturar lo que estaba en ciernes. Rápidamente, este último tomó forma en el formato a concurso de cuentos para menores de 25 años que se hizo en el número 10, de julio de 1949. Los resultados del concurso se conocieron dos números después, en el mes de octubre. En la entrega 12, se publicaron los cuentos premiados y un juicio crítico de cada uno de los jurados (Visca, Castellino, Falco, Trillo Pays y Bordou) sobre cada cuento.

De esos días son las cartas más antiguas de Bordou que conserva el archivo Morosoli. La primera, del 9 de noviembre, hace referencia a un intercambio anterior, probablemente el que iniciara la relación editorial. No es difícil suponer que haya sido Bordou el primero en escribir, seguramente invitando a Morosoli a participar en la revista. En la carta del 9 de noviembre le pide que le mande un texto para poder incluir en el número 13 y el 26 del mismo mes vuelve a escribir informando que recibió el fragmento de la novela. Efectivamente, en la entrega 13 saldría la primera colaboración de Morosoli con Asir: un adelanto de la aún inédita Muchachos, acompañado por una presentación del autor firmada por Domingo Bordou.

En las dos cartas citadas Bordou deja addivinar una complicidad establecida de inmediato con Morosoli. Creían haberse adivinado las inclinaciones. Bordou como incluido la impunidad de confundir a Morosoli con sus personajes simples: le dice que le gustaría conocerlo, que tal vez algún domingo le calga a prosear, seguro de no encontrarlo porque andará a puro monte o a la orilla del pueblo. La confusión entre el escritor y sus criaturas presume un Morosoli que se larga a ver la vida con sus propios ojos para descubrir los significados recónditos de hombres y de paisajes, tal como se lo expresa Bordou en otra carta de mediados de 1950. Esta actitud, según Bordou, ha demostrado la comprensión de la obra de Morosoli entre aquellos pagados a los libros y no a la vida.

Los libros o la vida expresaba una oposición en la que se solazaban algunos grupos de contertulios nucleados en revistas o peñas de café. En la carta del 26 de noviembre, en el orden de las complicidades con Morosoli, Bordou le escribe: "Hay una serie de plúctos gráneos que nos tiran a la cabeza, diciendo que (Asir) es una revista de campaña a dor a vijos. Como si el olor a vijos os nos avergonzara". Es arriesgado tratar de addivinar a quiénes se refiere con ese calificativo tan epical, tan pasado de moda. Por cierto que había una geopolítica de las publicaciones literarias, de los grupos y las peñas. Pero al mismo tiempo existía un entrelazoado tal, que hace difícil hoy reproducir los enfrentamientos. Bordou, sin a más lejos, había sido colaborador de la muy ciudadana Escritura (Blanco posible de los adjetivos) en los primeros números, aunque a la distancia se pudiese considerar un medio poco afín a alguien sospechable de dor a vijos. Los otros colectivos, los que sumaban los colaboradores de Marcha con los de la revista Número, tenían diferencias importantes con la orientación de Asir (supremacía de Asir y Número coinciden en considerar "distintiva" la publicación Escritura). Sin embargo los intercambios entre ambas revistas, y luego las editoriales que crearon, fueron frecuentes, sin contar con la publicidad sostenida que contrató en Asir la revista Número para anunciar cada una de las entregas.

LOS ANTIS. No solo la radicación en el interior hizo que Morosoli se acercara a Asir. Hubo también coincidencias conceptuales. El aire antitradicional y antimoderno, que los de Asir impregnaron con retuscaada intención fue, en Morosoli, el natural declive de su circunstancia biográfica.

No fue raro que Morosoli comenzara así sus conferencias: "Se sabe aquí que no soy un literato (de lo cual Dios me libre y guarde) sino simplemente un escriba papés... Trabajo pues con la tranquilidad de que no soy un artista sino un hombre que anda entre los demás buscando entenderlos para entenderse a sí mismo y el tiempo en que vive...". O: "No pretendo dictar una conferencia. Aspiro solamente a conversar un poco, etc."

Morosoli, como Onetti en esos años, renegaría de su condición de hombre de letras. Asomó la vergüenza de que se lo confundiera con tal especie, sostenida en el pretexto de que el literato era alguien más preocupado por el arte que por la vida. Morosoli conoció con los integrantes de Asir en dar la española a las sofisticaciones que la cultura uruguaya comenzaba a adquirir por contaminación de retóricas europeas. Aspectos "modernos" del pensamiento y de la literatura, que tenían sus epicentros en países del Norte, eran vistos como contrarios al sentido mismo de una tradición aquí aun para seguir relevando la vida de la gente de por aquí.

Morosoli agregó, a su postura antimoderna, una conciencia política. Refiriéndose a la obra del colombiano José Eustasio Rivera y a su tónica a creativa dijo que era "nada menos que la primera revelación de un mundo y un hombre agorero dentro de él". La primera obra que concierne al dramático y crítico de América: las obras son consecuencia de cada uno de los que concierne generando la miseria. El hombre civilizado destruyéndolo al hombre americano aún no civilizado en el sentido de la técnica, pero más puro, más hombre, más necesario a América a que el que lo explota y destruye en nombre de un progreso que oculta las ufías, las garras y los dientes de un capitalismo insombrable" ("La novela de Masas").

La presentación de Washington Lockhart que escribió Carlos Real de Azúa en su Antología del ensayo uruguayo contemporáneo resultaría una buena radiografía del grupo Asir. Lockhart dice Real de Azúa, se trató un programa en el que predominó la crisis de sentido del mundo, la existencia, el individuo. La cultura de masas, la sociedad industrial, según su razon, condenaba al hombre a la soledad, al dolor, al sinsentido de la vida. El individualismo, que se dependía naturalmente de esa libertad dolida, no se cancelaba con terapéuticas sociales o por lo menos no con aquellas que no estuvieran dispuestas a proponer una "comunidad" que convocara el sentido de lo trascendente. La cita de los primeros versos del poema "Primos de la familia" de Lockhart: "¿Cercano está, más es difícil de asir el grupo? Heidegger, lector privilegiado de Heidegger, explicó que el dios es difícil de asir porque está demasiado cerca. Es misión del poeta seguir nombrando al dios cuando el hombre no ve esa manifestación, alejarse para que siga viniendo, anticiparse a su advenimiento. Pero en ese tiempo el nombrar debe ser oscuro, en silencio, en reposo. Se vive el sentimiento de ausencia de los dioses y solo la palabra sagrada del poeta puede expresar lo dicho en su decir."

LA "CRÍTICA RECTORA" Y EL "DOCUMENTO TREMANTE". Ni Lockhart ni Asir como proyecto cultural se propusieron la restauración o la recuperación de ningún nativismo. Sin embargo, una especie de postulación antimoderna deploradora de los falsos dioses de la sociedad modernizada hizo posible la adopción de una tradición nacional en la que sobrevivían rastros todavía incandescentes de la ruidosa, así fuera no más que en las gestualidades: mate, rasguños guturales, laburo para armar Mejor que en Lockhart (o que en Carlos Castillo, uno de los paradigmas de la literatura uruguayo del momento) y en la novela de Real de Azúa que en Domingo Bordou o en Arturo Sergio Visca la puesta en escena de sus calificadores. De Visca subrayó su perceptividad modesta, su emoción poética, su proximidad a los ritos criados. De Bordou, el carácter disperso, oral de su obra que dejó huellas de impreciseable perduración en los muchos alumnos que escucharon hídricamente sus clases o en la audiencia que atinó a seguir sus conversaciones radiales sobre los clásicos, sus diálogos con otros escritores, las divagaciones a que lo llevaba su tentación por la filosofía.

Alguna vez Morosoli se pronunció acerca de la oposición literatura uruguayo a moldes extranjeros, levantándose contra la acusación o el aserto de que solo estos últimos eran capaces de superar los límites de lo realista, pintoresco o anecdótico. Dijo en el ensayo "Algunas ideas sobre la narración como arte y sobre lo que a ella puede tener como documento histórico": "Cierta crítica llamada rectora... ha dado, a título de analizar, en comparar lo universal con lo nuestro. Sin duda divide que lo universal ya consagrado, lo de los más grandes autores, en el resplante de sus más viejas culturas y eras. No tiene para producción y en ningún caso, una producción pequetísima como la nuestra, puede enfrentarse a una selección universal que es en cierto modo una culminación, en tanto que nosotros estamos trabajando en lo profundo entrañable de un principio. Asombra que quienes tienen los colonialismos -políticos, económicos, etc.- no advertan que con esta posición que han tomado frente a nuestra literatura, disminuyéndola, ignorándola, comparándola -mientras exaltan las foráneas- caen en la peor forma de colonialismo, que es el del arte. La obra de nuestros grandes autores se dice el resultado de sus más viejas culturas y eras. No tiene para valor que le asignamos los que en el arte de narrar creemos que cumplimos con nuestro propósito relatando de manera simple - pero nuestra- aquello que vemos, observamos y a veces entendemos e tradamos."

Escrito en forma de conferencia, que Morosoli no publicó y que Heber Randón transcribió de los originales, este ensayo no está fechado y no hay datos de dónde pueda haber sido leído. Por los cuentos aditidos en él (si la referencia a los medios fuese también a los cuentos que los recogien) se trataría de una reflexión hecha hacia mediados de los 50. Probablemente sea una de sus últimas charlas y quien sabe si la llegó a leer. Una hipótesis al borde de la certeza es que la "crítica llamada rectora" a la que alude el trabajo, y que describía como defensora de lo universal, fuese la de Marcha en el período en que el Emir Rodríguez Monegal pilotó las páginas literarias, 1945-1958.

No es improbable que Morosoli se haya visto influenciado e incluido en aquello que la "crítica rectora" desprecia por su limitado realismo o nacionalismo o anecdoticismo. Su aproximación a Asir pudo contar, así, con el acicate de esa distancia. En la correspondencia que a Morosoli mantuvo con Julio Da Rosa desde fines de 1949 aparecen algunos juicios que apuntan a estos temas. Es Morosoli quien presenta a Da Rosa a la revista Asir, un lugar que rápidamente el escritor de Treinta y Tres había suyo. Entre los intercambios de recomendaciones, indultos y publicaciones que se hicieron con el largo tiempo de un servicio de la revista, el número con un estudio sobre Espinoza, que Da Rosa envió a Morosoli a fines de 1950. La respuesta de Morosoli, escrita en enero de 1951, decía: "Del juicio de Número no le digo nada. Esas direcciones, esa forma de hacer anatomía en la mesa de morgue de la gramática, no me parece que tenga nada que ver con lo que debe ser la interpretación de la obra de arte". Se trataba seguramente (en las cartas no se precisa) del artículo que Juan Luis Picardo había publicado en el número 9 de la revista, sobre las técnicas narrativas en un fragmento de Don Juan Zorro. No pocas veces ambos se refieren a los trabajos "escritos en adelante". La forma de pensar la literatura sigue una línea de coherencia. Ya en la primera carta Morosoli le advertía a su interlocutor: "Mire Da Rosa, creo que no cuenta la forma, ni la conducción ni todo eso que gustan tanto los teóricos. Lo que cuenta es el documento vivo, tremante, puliendo o muriendo. Nuestra solidaridad humana hace lo demás". Su idea de una literatura surgida de la experiencia intensa de escribir arrojó un juicio negativo sobre toda crítica que intentara el análisis formal de esos organismos literales.

RAVIOLES, MATE Y GUITARRA. Sinva para cerrar estos comentarios la descripción de una reunión del grupo Asir. Figura en la carta de Da Rosa a Morosoli fechada el 17 de mayo de 1951: "La noche del sábado último estovimos de gran ternda con la muchachada de Asir. La cosa era en la casa de Bordou, en honor de Trillo Pays, con motivo de su designación como director de la Biblioteca Nacional. Eramos como veinte y tuvimos una buena ramolada, de copiar al mí mismo, una mate, guitarra y alguna otra varietal. Me mostraron su carta a Faco, que a todos tocó a fondo, con su sentido amig. Era que todos a apreciar mi vida. Les diría un par de cosas, si se decidiera a animarse por afil un sábado con un domingo de tarde o de noche (...). Estamos tratando de darle muy or difusión a la revista, con una inyección de publicidad. En el próximo número, que debe aparecer dentro de una o dos semanas, sale un comentario de Bordou sobre Muchachos."

Se juntan allí los ingredients esenciales: la celebración de la amistad vivió, el espíritu de camaradería y casi de cuerpo (¡estéjamos que uno de los nuestros ha ya sido reconocido!), las fibras de sensibilidad (la carta de Morosoli a Faco o como contrarresta emotiva), el respeto intelectual y humano y, como adorno, el mate, la guitarra, los ravioles (¿caseros?) y "alguna otra variación" (¿?).

Hubo en Asir la aplicación a una tradición que le permitiera sobrellevar el profundo escepticismo que los tiempos depositaban sobre las certidumbres éticas y el amago de sinsentido que se cernía sobre el mundo. De cerca o de lejos, Morosoli adhirió a algunas de esas inquietudes.

Los papeles de Juan José Morosoli fueron donados por su familia y se custodian en la Sección de Archivos e Investigaciones Literarias de la Biblioteca Nacional de las Humanidades y Ciencias de la Educación. El Departamento de Archivos e Investigaciones Literarias de la Biblioteca Nacional conserva copias de la correspondencia entre Juan José Morosoli y Julio Da Rosa.